

PRIMERA PARTE: CANCIONES QUE PONEN LOS MÉDICOS MIENTRAS OPERAN

*El cuerpo humano es un todo. Los dioses lo imaginaron de tal
forma que la misma materia inculta conforme sus zonas sublimes y
también las más viles.
Por lo tanto, todas ellas son intercambiables.*

Tratado médico *Sushruta Samhita*, India, siglo VII a. C.

(INICIO: 42)

*Doctor Robert
He's a man you must believe
Helping anyone in need
No one can succeed like him*

The Beatles, Doctor Robert

Empezó con la sonrisa beatífica de una mujer: había sufrido una revelación y tenía que comunicársela al mundo, trasladar a otros la buena nueva. Su rostro sonriente apareció viniendo hacia el espectador desde un fondo nuboso, azul. Ese color relaja, por eso casi todos los elementos del anuncio estaban pintados así. Era un color desestresante. La música que lo acompañaba era relajante también. Su sonrisa no era la de quien se lo está pasando bien o está riéndose de un chiste, sino la de la persona agradecida a Dios por algo.

— Estaba convencida de que iba a morir, hasta tal punto que reuní a mis hijos y me despedí de ellos. El diagnóstico de mi médico había sido contundente: cáncer de colon. Dos semanas más de vida, puede que tres. Pero entonces, como surgiendo de la oscuridad, aparecieron esas tres letras milagrosas...

Las siglas del tratamiento TPH se alzaron en dorado brillante, con el tipo de letra que se usaba en la Biblia para identificar los versículos. La mujer fue sustituida por un anciano, que miró a cámara con una intensidad tan fotoquímica que sus ojos parecieron formar parte de una película. Se tocó un lado del cuerpo con suavidad, un costado, como si acariciara a uno de sus nietos.

— El dolor no me dejaba vivir —dijo con pesadumbre—. Me enseñaron fotos de aquella fibrosis quística y me dijeron que podía causarme una infección potencialmente mortal. Era

inoperable y hacía que me ardiera el estómago como si me hubiese tragado una lata de gasolina. Pero entonces, un amigo me habló del TPH y...

Otros testimonios de personas que se vieron a un paso de la muerte pero que sobrevivieron *in extremis* fueron desfilando por la pantalla, a medida que el anuncio llegaba a su final. Alcanzado el clímax, cada caso planteado tuvo su propia resolución: la primera mujer recibió con expresión beatífica una especie de ameba — azul celeste — que le implantaron en sustitución del colon; el anciano del dolor bencínico elevó los brazos al cielo como si el gesto explicase la bienaventurada sonrisa que lo iluminaba, mientras una especie de culebra — azul — le reptaba hacia dentro del vientre para llenar de sinuosidades sus entrañas. Y no fueron los únicos: cada mártir tuvo su ameba salvadora, su pequeña cosita tierna a la que daban más ganas de achucharla y quererla que de implantársela. Todos los finales desembocaron en un glorioso «... y comieron perdices».

Un dedo apretó un botón en el mando a distancia. La televisión se apagó con un chasquido. Lo único que aquel espectador no tuvo paciencia para aguantar fue la fanfarria final del anuncio, que se sabía de memoria, con el logo de Medytek y las siglas del tratamiento refulgiendo como se presuponía que harían los mensajes divinos.

TPH, LA CIRUGÍA DEL FUTURO EMPIEZA HOY. EMPIEZA AQUÍ. EMPIEZA EN USTED.

¿Por qué el azul?, fue la pregunta que se le quedó rondando a la persona que observaba la pantalla. Había visto todos los paramorfos inventados hasta la fecha y ninguno era de ese color. No tenían forma de cosas blanditas y monas que a uno le gustaría tener como mascota. Los de verdad parecían realmente lo que eran — insectos gigantes mutados y evolucionados en laboratorio — tenían colores enfermizos, y muchas patitas y orgánulos que vibraban de un modo repugnante y repetitivo. Pero claro, eso no lo iban a enseñar por televisión. Estaban intentando vender un producto, no hacer que la gente vomitara.

El hombre se levantó del sofá y llamó por teléfono a un taxi. Dentro de media hora tenía programada una intervención

en el hospital. Otro caso inoperable cuya única esperanza era ser reemplazado por un TPH.

Cosas blanditas y azules... Ya, claro. Se preguntó qué cara pondría la vieja del anuncio si, en lugar de anestésicarla en el quirófano antes de abrir la nevera con el paramorfo, le hubiesen enseñado que lo que le iban a meter en el cuerpo para sustituir su colon era una cucaracha viva de treinta centímetros.

(42-1)

—Hay cuarenta y dos más cuatro cromosomas en el ser humano, siendo el cuatro la cifra que factoriza al número 42. Me obsesioné con el número cuarenta y dos desde el primer momento en que mi profesor de Bioquímica me describió el núcleo de una célula, allá en el Bachillerato. Y desde entonces no paro de verlo en todas partes. —La voz del entrevistado era monocorde, aburrida, la del típico pensador que está harto de que todo el mundo se interese por sus meditaciones, y a la vez se las tomen a risa. No encajaba con la imagen física que proyectaba, la de un hombre que había triunfado en la vida y que había rebasado los sesenta con todo hecho ya, todo conseguido—. Es el número atómico del molibdeno, siendo este el elemento número 42 de la tabla periódica. El índice de refracción de la luz sobre el agua en el punto en el que crea un arcoíris es de 42 grados. Cuarenta y dos son los preceptos de Ma'at, diosa egipcia de la ley, el orden y la verdad, y, según el libro bíblico de *las Revelaciones*, cuando llegue el fin de los días, la Bestia reinará sobre la tierra durante cuarenta y dos meses. Yo tenía cuarenta y dos años cuando descubrí las bases científicas de la tecnología TPH, la trasplantología paramórfica heteróloga. Ahora, en el momento de realizar esta entrevista —consultó rápidamente su reloj de pulsera— son las nueve y treinta y tres. 33 y 9 suman 42. Según la *Guía del autoestopista galáctico*, la respuesta a la gran pregunta sobre el sentido de la vida es «42».

El entrevistador rio ante esa lista de coincidencias y el médico-numerólogo también. La gente que acudía como público al programa aplaudió. Todo aquello era un gran espectáculo, y su protagonista, el cirujano jefe Evangelino Caralt, doctor en Genética y Trasplantología y héroe del momento, tenía un innegable carisma. Era el abuelito con bata blanca y barba albina pulcramente cortada al que todos le confiarían su vida. Sabía sacar partido de esa imagen.

— Apaga la tele, venga. ¿O es que has venido aquí para ponerte a ver esa basura?

Felipe se giró para mirar a Yurena. Acababa de entrar en la habitación y se había sentado en la cama, o más bien se había dejado caer sobre ella, rendida. Se la notaba cansada después de una larga jornada de trabajo, con esa clase de cansancio que jamás se borra, que por más que intentes eliminarlo te dejará un poso en los huesos. El agotamiento perenne del profesional de la medicina que lleva desde que se graduó haciendo guardias nocturnas.

— Están entrevistando a tu marido. Es la estrella de la semana.

— No me extraña, últimamente está por todas partes. No sé por qué no estudió para estrella de cine en lugar de para médico.

— Estrella de cine no es una carrera. Es una casualidad.

Felipe apagó el televisor y se sentó junto a ella, mirándola. Yurena tenía un par de capas de sudor seco sobre la piel, consecuencia de llevar metida en los quirófanos desde muy temprano. Olía a cansancio profesional y productivo. Cuando terminaran de hacer el amor, ella volvería a su propia casa, se daría una ducha y se acostaría, a ver si podía permitirse aunque fueran unas cuantas horas de reposo antes de que su peor enemigo —el odioso despertador— la sacara a patadas de aquel limbo plácido. Para cualquier persona que trabajara en un hospital, el despertador tenía el mismo efecto que la cocaína al entrar como una bala en la vena cubital del adicto, como un bolo concentrado impelido por el émbolo de una jeringa. Su sonido disparaba el mismo tipo de alarma química en el cerebro y ponía en alerta a las colinesterasas.

—No debiste haberte casado con él —dijo Felipe, sonriéndole a un televisor apagado.

—¿Con Caralt? Bueno, yo era joven e insegura. Y me atraían los médicos maduritos y ricos. Si se me puede reprochar algo de eso, legalmente, que me denuncien.

—Lo que más me asombra es que vuestro matrimonio no se haya roto tras todos estos años. Eres lo suficientemente independiente como para buscarte tu propia vida, si no lo quieres.

Ella le lanzó una mirada entre enojada y sorprendida. La misma que ponen las secretarias que trabajan en urgencias cuando se les acercan los típicos pacientes expertos en esperas interminables, y en sacar de quicio al personal de servicio.

—¿Qué estás insinuando, que soy una cobarde? ¿Qué crees que estoy haciendo aquí, en esta mugrienta habitación de hotel, contigo?

Felipe se encogió de hombros.

—¿Usarme como *whisky* para olvidar las frustraciones del día y que luego tienes que salir corriendo a tu casa con ese hombre que es la estrella del momento, el insigne inventor del TPH?

Yurena le pegó en el hombro, aunque no muy fuerte, y se levantó, enojada. Fue hasta el baño y, sin cerrar la puerta, se bajó enérgicamente los pantalones y las bragas, y se sentó en la taza del váter.

—Oh, claro —rezongó—, así que para ti estos encuentros son solo eso, una distracción de las tensiones del día. Lo mismo que si fuera al gimnasio a hacer zumba. ¿Tendría el gigoló de turno la amabilidad de hacerse cargo de la reanimación cardiopulmonar de esta relación, si es tan amable? Muy bonito, Felipe, te tenía por una persona más íntegra.

—¿A qué viene eso? Sabes que no voy por ahí. Estás sacando las cosas de contexto. —El hombre se levantó y se apoyó en el quicio de la puerta, mirando cómo la doctora terminaba de orinar y se secaba. Le gustaba Yurena, tanto por su físico como por su carácter: era una treintañera con rizos castaños que le gustaba reforzar con mechas de henna una vez al mes. Una patóloga forense muy hábil en su trabajo que nunca se ponía sujeta porque sus diminutos pechos no lo requerían, y que solía

silbar a Lake and Palmer mientras se acercaba con su escalpelo al cadáver de turno y lo destripaba como un pescado fresco. Tenía una lista de temas sobre los que no se podía hablar en los descansos en la cafetería, que incluía la ristra de hijos propios que aún no había tenido y por qué la publicidad de ciertas ciudades como paraísos en los que siempre era verano resultaba, en todos los casos, asquerosamente falsa.

— Ah, ¿no vas por ahí? ¿Y por dónde vas?

— Siempre que llegas muy cansada del trabajo haces lo mismo: coges mis palabras y las interpretas como te conviene. En ningún momento he sugerido que seas una cobarde por no querer divorciarte todavía de ese tipo, solo he dicho que deberías hacerlo algún día. Tampoco estoy prejuzgando nuestra relación.

— Casi todos los días acabamos en esta habitación, follando como locos y haciéndonos promesas sobre el futuro. Eso debería darte una pista, señoritingo, de cuáles son mis planes con respecto a mi marido.

Felipe la miró, muy serio. Yurena no parecía darse cuenta de que estaba esgrimiendo el mismo argumento de siempre, aquel por el que ya habían discutido la semana anterior —también un miércoles, si no recordaba mal—, y decidió que lo mejor era desviar la atención hacia lo que ella estaba ansiando oír.

— Lo tengo claro desde hace tiempo, o eso creo. —La abrazó desde atrás mientras se miraba al espejo, comprobando la profundidad de aquellas grietas que ya se le estaban abriendo junto a los ojos. Cuando hacía eso, abrazarla, le gustaba dejar que sus brazos se cerraran tiernamente sobre los pechos de Yurena, pues, aunque no hiciera nada más, solo ese contacto empezaría a transmitirle un mensaje.

Ella le apartó las manos, zafándose de mala gana.

— Por desgracia, esa hipotética relación sería que quieres tener conmigo va a ingresar cadáver. Como tu autoestima de *latin lover*.

— Oye, ¿la estás pagando conmigo por algo que te ha pasado en el quirófano? Porque si lo que necesitas en lugar de un amante es un *punching ball* que te ayude a desestresarte, te

acompañó en un momento a la tienda de deportes de aquí al lado. Hay ofertas.

Yurena se sentó otra vez en la cama, pero en una posición que no le dejaba sitio a su lado. Quería estar sola, sentirse como si no hubiese delegado ni en su marido ni en su amante el cometido de contener sus emociones.

—Perdona, hoy no es un buen día. Creo que me voy a ir para casa. Me duele la cabeza.

Felipe elevó las manos hacia el cielo como pidiéndole paciencia al gran servidor celestial de Internet.

—Yure, perdona por haber mencionado lo de tu matrimonio. Sé perfectamente en qué estado te encuentras. Sabes que para mí esto tampoco es una relación pasajera, de echarnos unos polvos y unas risas y sanseacabó, cada cual de vuelta a su vida. Para mí también es importante. —Era lo más cercano a una explicación que se sintió capaz de arriesgar. Ella lo miró durante un largo segundo, y su expresión se fue suavizando. Estaba haciendo un esfuerzo por dominar su repentino enfado.

—Perdóname tú a mí, en serio. Creo que va a venirme la regla, y encima el personal forense me desquicia. Hoy no hay sexo, dejémoslo para dentro de unos días.

Cogió su bolso y fue hacia la puerta. Felipe intentó interponerse con amabilidad, pero ella levantó una mano tan rápido que pareció la preparación de una bofetada.

—Respeto mi decisión, ya hablamos mañana, cuando me haya tranquilizado un poco. Ahora no soy persona, ni para ti ni para mí.

—Está bien. Hasta mañana, tesoro.

—Adiós.

La doctora no cogió el ascensor; como estaban solo en un segundo piso, en aquello que otros llamarían hostel de segunda fila pero que a ellos les gustaba llamarlo hotel, bajó por las escaleras. El *staccato* de sus pasos pronto se confundió con el crujido de otras puertas al abrirse y cerrarse, y el traqueteo de aquel ascensor viejo como la lástima. Si se asomaba a la ventana, Felipe la vería salir medio a escondidas, dirigirse al *parking*

de enfrente, donde tenía el coche, e irse a toda prisa a su chalet de las afueras. Así era su relación con ella: incorpórea.

La verdad era que el matrimonio Yurena-Evangelino Carralt gozaba de un nivel de vida muy desahogado. Llevaban una vida de gente rica, pero él sabía la verdad: cómo se sentía ella y las ganas que tenía de dejarlo plantado y pedirle el divorcio. ¿Cuáles eran los motivos reales por los que todavía no lo había hecho?

Eso daría para varias discusiones como la que habían tenido esa noche, pensó el médico, que al fin y al cabo no era más que un interino normal y corriente, sin millones en el banco ni un chalet con piscina. Felipe era un médico normal, de barrio, no una superestrella de la tele con su propia tecnología médica y su propio laboratorio.

Así son las cosas en esta profesión —suspiró—; a la patóloga forense le cuesta cortar por lo sano en una relación matrimonial que está muerta y enterrada, y al experto en trasplantes le resulta imposible trasplantar nueva fuerza a una relación. Así vamos. Lo pensó profundamente durante un rato y luego se repitió: *Así vamos.*

Miró la hora: las diez y cuarenta y dos de la noche.

(40)

*Your heart is in a place I no longer want to be
I knew there'd come a day
I'd set you free
'Cause I'm sick and tired
Of always being sick and tired*

Anastacia, Sick and tired

Yurena cogió por la autopista para salir de la ciudad y zigzagueó por el escaso tráfico nocturno hasta tomar su salida, diez kilómetros más allá. Cogió por una carretera que atravesaba unos suburbios teñidos de luces de neón, que segaban la periferia de la ciudad como una cicatriz mal curada.

Conducía un Audi de gama alta, regalo de su marido en lo que para él era una parte más del rito de cortejo, pero que para ella no pasaba de ser un detalle innecesario, producto de una manera demasiado clásica de entender los matrimonios. «Si sepultas a tu mujer bajo una montaña de regalos, siempre te será fiel». Menudo eslogan. Eso podía haber sido así en los tiempos de la prehistoria, cuando *Quisiera ser* era un *hit*, pero las cosas habían cambiado. Era el problema de tener un marido una generación mayor que la suya.

Pasó por delante de un radar de tráfico a velocidad excesiva, y solo le dio tiempo a soltar un agazapado grrflmzt. Daba igual, que le mandaran la multa, ya la pagaría Evangelino. Los policías saldrían esa noche a embrujar la autopista como los fantasmas de las sanciones pasadas; se pasarían horas buscando a esos pobres diablos que se escabullen como criminales por las rotondas y los carriles de aceleración, y la emprenderían con ellos. A veces los mataban, en todos los aspectos importantes menos el puramente físico. Sabían sacarle el máximo parti-

do posible a los días de lluvia, igual que otros se lo sacaban a los tantos en el póquer.

Había barrios dentro de barrios, en ciudades dentro de ciudades... Pasó por uno muy bien cuidado donde las marquesinas de las paradas de autobuses no estaban necesariamente emborronadas con grafitis y donde las fotos tomadas por satélite de los colegios no incluían siempre a infantes saltando las rejas como prófugos de algún correccional. Luego atravesó otro más pobre donde sí había pintadas obscenas por todas partes, donde los cadáveres de coches tuneados descomponían su óxido lleno de gusanos, y donde las chicas estaban muy locas a los diecisiete y con frecuencia cargaban con dos divorcios —de exmaridos que no les pagaban la pensión— y tres hijos, y un culo gordo a los veintitrés.

Dejó atrás esas partes fantasmales de la ciudad. Entró en su barrio residencial y se dirigió a su pulcro chalet rodeado por una pulcra valla blanca. Su pulcro *collie* le dio la bienvenida y justo ahí terminó la semejanza con los anuncios de la tele, esos que te vendían la vida suburbial perfecta. A menudo se había preguntado cuántas ciudades encubiertas existían, silenciosas, por debajo de la real, del Madrid que todo el mundo conocía por los folletos de viaje. Había una que pertenecía exclusivamente a los perros abandonados; otra a los niños; otra a los vagabundos que tomaban por sus senderos enmarañados para llegar a esos escondites donde podían dormir tranquilos y dedicarse a enterrar recuerdos bajo lingotazos de *whisky*. También estaban las ciudades esmeraldinas de los médicos ricos, que tenían más que ocultar de lo que ni siquiera ellos imaginaban: una geografía sumergida que ningún mapa sería capaz de registrar, a menos que fuese un mapa de los sentimientos en lugar de uno de la mente.

Entró en la casa y se dio una ducha rápida. Cuando salió, con la toalla a modo de turbante, Evangelino ya había llegado.

—¡Hola! —la saludó, contento—. Pensaba que me habías dicho que tenías guardia esta noche.

—La tenía, pero la cambié. Estoy agotada. —Le dio un pico en los labios. Hizo un gesto hacia atrás con el cuello, como esti-

rándolo, que dio la impresión de estar montado sobre rodamientos de bolas—. ¿Y tú? ¿Qué tal te ha ido el día en el laboratorio?

—Estupendamente. Los experimentos con los paramorfos de segunda generación van viento en popa. Creo que podríamos tener toda una serie de muestras vivas sobre las que probar teorías en menos de seis meses, que corregirían los defectos de las actuales. Los problemas de rechazo en los implantes serían cosa del pasado.

—Ya tienes una serie de muestras vivas. Se llaman pacientes —dijo Yurena con sorna.

—Bien te gusta pincharme.

El cirujano fue hasta el mueble-bar, otro reducto de su época, y sacó un Hennessy Paradis Old Vintage para servirlo en vaso. Cuando lo descorchó, del cuello de la botella surgió un aroma rancio que olía a vejez, a sedentarismo y a cierta putrefacción. Cuando el líquido cayó en los vasos adquirió un color caoba.

—De eso solo nos quedaba una botella —observó Yurena, frotándose el turbante contra el pelo—. Que la descorches parece una declaración de intenciones.

—Lo es. Los experimentos con la transmisión de información de las hormigas son muy prometedores. Esas pequeñas cabronas crean con sus feromonas una red física de recuerdos que persiste en el tiempo, y son extremadamente rápidas identificándolos e interpretándolos. —Se dejó caer en el sofá, junto a su esposa. La alegre expresión de su rostro fue variando lentamente hacia un brillo furtivo en las pupilas y un rictus de avidez en los labios. Probó el coñac—. Ñum. Imagínate lo que podríamos conseguir si pudiésemos crear una red de hormigas tan densa y compleja como la red neural de un ordenador, de modo que usaran su trofalaxis para mimetizar mensajes de algún sistema nervioso.

—¿Trofalaxis? ¿Qué es eso?

—Es cuando se comunican mediante la comida. Mezclan sus feromonas con pequeñas partículas alimenticias y se las pasan de ano a boca. Literalmente, la comida carga con información sobre el estado del hormiguero, de la reina, de las reservas de comida, etc.

—Puaj. —Desde hacía años, Yurena había estado oyendo asquerosidades como esa en boca de su esposo, pues era su principal campo de estudio. Pero no terminaba de acostumbrarse. Acogió la idea del sistema de telecomunicaciones hueleculos con un gesto de repugnancia.

—Todo lo puaj que quieras, cariño, pero es efectivo. Más rápido todavía sería que usaran la estridulación para comunicarse dentro de ese hipotético computador: una especie de vibración codificada que emiten con un órgano que tienen en la boca, y que reciben con las patas y las antenas. —Le pasó su vaso de coñac, los ojos brillando por la excitación—. ¡Imagínatelo! Un millar de hormiguitas sordas y ciegas, soldadas por el abdomen a una malla hecha de tejido conjuntivo, dispuestas como si fueran los bits de un ordenador. Uno, cero, uno, cero... positivo, negativo. Con la reina en el centro como jefa de comunicaciones. De repente, llega un diferencial voltaico y el hormiguero-cerebro es estimulado. QRM 73, radioaficionados. ¿Cómo reaccionará? ¿Amplificará la señal? ¿Se la tragará para no devolverla jamás? Hasta que no hagamos un experimento, no lo sabremos.

Yurena intentó disimular su mirada escondiéndola tras el vaso. Había algo en los ojos de su marido que parecía diferente aquella noche. No en el brillo en sí que tenían, sino *detrás* del brillo.

No es que ella fuera ecologista, o al menos, no lo era hasta el extremo de ofenderse si alguien decía que estaba sacrificando toneladas —literalmente, toneladas métricas— de bichos para hacer experimentos relacionados con la sanidad. Era una mujer instruida y había leído mucho sobre el coste en vida de los experimentos médicos. En vidas de ratones o de mamíferos o de tejidos orgánicos. Y no le importaba, con tal de que esos experimentos se hicieran de manera responsable y sacrificando la menor cantidad de sujetos. Era consciente de que hoy por hoy, siglo XXI, comienzos, no existía otra manera de probar la eficacia de ciertas vacunas o de ciertos medicamentos. Que todo sucediera en la mente de un ordenador, mediante simulaciones, todavía entraba dentro del campo de la ciencia ficción.

Pero que supiera eso no quitaba que le pareciera mal que los científicos imaginaran unos cuadros tan crueles: pegar literalmente con pegamento hecho de azúcares de cadena larga los cuerpos de millones de hormigas a un papel, orientadas boca con ano y antena con antena, de modo que pasaran su corta vida sin poder moverse ni un milímetro, sin poder ni siquiera mirar para los lados, como si fueran piezas de un circuito vivo. Y estimularlas hasta la saciedad, hasta que murieran de agotamiento o fueran literalmente fritas por los cambios en el potencial eléctrico del circuito. Le parecía un poco obsceno que un científico pudiera charlar de eso sin inmutarse, olvidando que no hablaba de chips de silicio.

— Imagina, solo por un momento, que pudiésemos sustituir una médula espinal dañada por un clúster de insectos capaces de repetir y amplificar impulsos nerviosos. — La voz de Evangelino era algo más que soñadora. Rozaba peligrosamente el terreno de la profecía —. Seríamos dioses.

Yurena observó el rostro de su marido en busca de señales reveladoras de posibles argucias. Formuló la pregunta venenosamente perfecta:

— ¿Y viviríamos en nuestro monte Olimpo, conectados con el género humano solo por las ofrendas que nos harían...?

— Yo ya vivo ahí, a nivel mental. Y tú también deberías. — Dejó caer las manos en su regazo con un suspiro elocuente —. En el Olimpo siempre hace buen tiempo. Es como cuando uno asiste a la representación bien hecha de una ópera clásica: de algún modo se siente ennoblecido, vinculado a esa grandeza. Como si verla interpretada hiciese que formarás parte del libreto, aunque no hagas nada sino solo escuchar.

Tras unos segundos de duelo ocular, que aprovechó para apurar la copa, Yurena se puso en pie y se quitó la toalla de la cabeza.

— Bueno, *Götterdämmerung*, que duermas bien. Voy a terminar de secarme el pelo en mi habitación.

— Tu habitación... No sabes qué hiriente suena eso. ¿De verdad sigues en tus trece con todo eso del divorcio?

Yurena miró una foto enmarcada mientras subía por las escaleras. Eran ellos dos, hacía tres años, delante de un cine

donde reestrenaban una película de los ochenta, *Christine*. Una fábula sobre un coche poseído por un demonio. Siempre le había hecho gracia que la matrícula del coche, que aparecía en el cartel de la película, fuera CQB 241, pues contaba la leyenda que significaba «*close quarters battle two for one*», o lo que es lo mismo, «batalla cerrada de dos contra uno». Se le antojó una metáfora perfecta de lo que era ahora mismo su matrimonio, sobre todo si incluía en ella a Felipe.

Evitó mirar a Evangelino, aquel hombre que le sacaba casi quince años y que se revelaba como una persona muy distinta cuando se lo conocía en la intimidad a como se mostraba públicamente. Una persona demasiado llena de claroscuros como para que se sintiera tranquila durmiendo a su lado. Apartó la vista como una chiquilla que estuviera disimulando un delito pastelero en el que ya la habían pillado.

Puede que estuviera loco, o que su ofuscación por la ciencia le hubiese aflojado las clavijas. Pero, fuera cual fuese el motivo de su obsesión, sospechaba que tenía raíces profundas y tortuosas.

—No empieces —le rogó—. No quiero volver a explicártelo todo desde el principio. Esta conversación me consume las energías. Las pocas que me quedan.

—Es que no entiendo tus motivos. Si yo fuera un mal marido, si te pegara, si *tú* me pegaras a mí..., entonces un divorcio sería la opción más razonable, pero...

—He dicho que no y basta. Buenas noches, ya hablamos mañana. Espérame para desayunar.

Subió dejando un reguero de gotitas de agua y se metió en el segundo baño. Se oyó el zumbido de un secador. Evangelino se sirvió otra copa más de aquel magnífico Hennessy Paradis e hizo pucheros, mirando al techo. No comprendía a las mujeres. Ni deseaba hacerlo. Comprender son palabras mayores cuando se trata de relaciones humanas, pero al menos creía que podía aspirar a la tolerancia, que exigía menos esfuerzo.

Le parecía increíble que su mujer no entendiera el milagro que estaban obrando en Medytek, lo agradecido que les estaría el mundo cuando la tecnología fuera de uso libre y estuviese

bien implementada. ¿Que le parecía asqueroso que un hormiguero en miniatura pudiera sustituir con éxito una médula espinal? Ya, claro; que se lo dijeran a un bebé que nacía con la enfermedad de Hirschsprung, con un pedazo de neuroblastoma que parecía una pelota de fútbol. O mejor, a su pobre madre. Háblenle a esa gente de asquerosidades y repugnancias cuando la alternativa es curar al infante.

Estaba muy enojado con Yurena, por su actitud. Lo que pasaba es que ahora mismo estaba tan metido en las fases finales de su proyecto, de su sueño dorado, que no tenía tiempo ni para caracteres femeninos ni para divorcios. Tenía que estar muy concentrado, las veinticuatro horas, en lo que estaba haciendo en el laboratorio, o todo se iría al traste.

Nunca le había hablado a su mujer de aquel proyecto secreto, uno que ni siquiera sus colegas del laboratorio conocían. Compartir esa información sería demasiado arriesgado, y el peligro de que alguien se fuese de la lengua era extremadamente alto. Evangelino se sentía como un médico victoriano, elogiado por su arte pero también enfrentado a la opinión pública, la cual condenaría ciertas partes de sus investigaciones si supiese de ellas. Gracias por su opinión, *herr* Frankenstein, puede pasar a la otra sala.

No, tenía que mantenerlo en secreto, al menos por ahora. Incluso de cara a su mujer. Ella menos que nadie tenía que enterarse de lo que pasaba en los sótanos de Medytek, porque con sus escrúpulos sería la primera en ir corriendo a la prensa a denunciarlos. Jamás entendería que aquella tecnología divina, el TPH, tenía que ser puesta a prueba hasta sus últimas y más desquiciadas consecuencias, si querían que le fuera realmente útil a la humanidad.

Él, Evangelino Caralt, no sería Zeus, pero sí Prometeo, trayéndoles el fuego a los mortales. La llama de la vida.

No tenía sueño, así que eligió una película del videoclub virtual y se quedó un rato en el salón. Escogió —se dijo a sí mismo que por azar— una de dioses griegos.